

EL CIELO CAE A VOCES

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | LITERATURA | POESÍA

MELISSA
NUNGARAY



EL CIELO CAE A VOCES





Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico
Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | POESÍA

EL CIELO CAE A VOCES

MELISSA NUNGARAY

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



El cielo cae a voces

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Melisa Berenice Nungaray Blanco, por el texto

© Françoise Roy, por la introducción

ISBN (colección GEM): 978-607-490-414-7

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-486-7

ISBN (GEM): 978-607-59876-0-6

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-680-9

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/01/50/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diagramación, formación y diseño de portada: José Martínez Macedo
Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía

Las opiniones expresadas en este libro son responsabilidad exclusiva de los autores y no representa necesariamente el punto de vista del editor.

Hecho e impreso en México / *Made and printed in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Las nubes tienen mil formas al mismo tiempo;
cambian según el tono de nuestra voz.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN

El cielo cae a voces es un compendio de ecos. Corresponde a lo que los antiguos griegos llamaban un arquetipo sagitario, es decir, un viaje. Un viaje en el que el destino importa menos que la travesía en sí, porque lo significativo no es dónde llega uno al final, sino el mero desafío de intentar llegar, la flecha lanzada al aire. Menos peso tiene el horizonte que está desde el principio delante del poeta que el que se mueve conforme avanza en su periplo.

Las páginas del libro relatan este trayecto: la autora se desplaza a través de un cosmos ficcional lleno de astros errantes, de símbolos siderales: galaxias, estrellas, vientos estelares, muertos que viajan en el éter. Todo lo que está pintado en la bóveda celeste está ahí, en sus versos, pero va más allá de las estrellas que pueblan el poemario. Otros arquetipos acechan también atrás de las imágenes y figuras de estilo que dibuja la autora: el tiempo, la distancia, el tener y no poder retener. Ese cuarteto erosiona todo lo que uno quisiera inalterable, eterno, conquistado y tenido para siempre.

El tiempo aquí es metáfora de la evolución de una relación, de un afecto, del paso por la vida que entraña esfuerzo, deseo, metas, frustraciones y esperanza. A la par, la inmensidad de la galaxia se finca como metáfora de la pérdida o de un deseo de fusión que parece inalcanzable y alcanzable a la vez.

En la trama de este poemario, el cielo es un firmamento, no el azur de mediodía; se trata de un cielo de noche en el que aparece la luna porque el sol ya se ha ocultado. La luna le sienta bien a quien narra aquí su historia y su delirio: quién sino ella para tener identidad de camaleón: fluida, misteriosa y cambiante en esos altibajos de sensaciones hechos versos.

FRANÇOISE ROY

Semillas de volcán

en las cumbres de una pena enardecida
que esparce raíces del cielo,
palabras extendidas
en su cúmulo de estrellas
por el silencio de la prístina llama
que del existir aflora
el péndulo de la desventura.
Sombra que del recuerdo basta
en sus luceros vigilantes
de apacible estatua
que se desprenden en el brío
del arrecife estelar de la memoria.
Camino hacia la noche que me inventa,
espiral a media luz que colisiona
en su fugaz retiro de espigas y fuego.
Adentro escucho que el libro se abre.

Ojo de agua que recomienza en mis manos

y traza la prematura visión de la lluvia
que danza implorando
gota a gota el nacimiento,
ojo de agua que fluye,
pluma del auspicio que me escribe.

Entro en la respiración del universo,
que segrega espacios de tinta indeleble,
vías férreas de asteroides y de cometas.
Vocales y consonantes hacen erupción.
Y el cielo cae a voces
sobre la fauna y flora
que se esconde tras la lava
en el socorrido vacío de las letras
de árida sepultura y de roca fluida.

De mis manos la llave encuentro

en el riachuelo que junta caminos.
La distancia se acorta en su desvelo,
que aguarda en la insular melancolía,
azul estridente que perdura,
fricción en la luz del pensamiento
que ilumina el sentir de la presencia.
Tren de aurora que parte al anochecer,
reloj ferroviario sin pasajeros
que anda a ciegas entre la maleza.
Lugares que desandan lo entredicho,
que por accidente eluden la salida.
Adelante o atrás el pasaje se hunde
en el ritmo que madura
al anverso y reverso de la sombra.
Latente al paso que da forma viaje
adentro del libro que se cierra.
El pulso precipita las horas.
Nace de mí el trueno del roble
que deletrea la semejanza.
Entro henchida de nubes
al centro derruido

que conjura el desbordamiento,
madera que resuena en el aire,
juegos de niños en el arenal,
casa que respira y aletea,
adentro escamas de tiempo.

Atajo de preguntas que fruncen el ceño

en la inentendible resonancia del estío,
¿qué del recuerdo soy que me ha vivido?
La imagen de un viejo roble que agoniza,
carbonizado hasta el fondo de las respuestas,
se vuelve cirio vacilante en el altar
de amurallado nombre sin tumba.
Cinturón de Orión en oleaje embravecido
que da vueltas a la cabeza,
invención que atañe en la osadía
de un recorrido aerostático.
Huesos en la partitura momentánea,
polvo estertor de empecinada ruptura,
asperón de acallada unión que cambia,
implosión de dudas en la luz del cuerpo.
Llameante ojo que acerca su conjetura
en los verdes prados de la niñez,
allí donde canta la luna
y el micrófono está lleno de cráteres,
voz que avanza en tambor de alas
y se dice flor, viento y lluvia.

El yo dobla sus vestiduras

en el cajón más aledaño,
ahogo inexpresable
de estrictas separaciones
que se olvidan hasta el hartazgo,
desfigurado rostro que se pierde.
Montaña socavada,
incienso digital de colores táticos
que habla sin cesar
y declina todas las transacciones
ante el saldo original de una nube solitaria.
Rotación de espectros,
inhabitables y fríos por la tensión
de una mirada que construye rascacielos
entre los cables de descarga eléctrica.

Implacable inhalación

hacia el punto final eclipsado
que no sacia a la hoja su verdad
de vibrante ausencia acometida
a las luces que atraviesan
el paisaje de silbante cascabel.
Mi buscando a la presa,
la enrevesada en su compás de lirios,
re en el vuelo rapaz del águila,
sol en un tiraje de mil y una impresiones,
mandolina de caracol enmohecido
que exhala el brebaje del ahora.

Círculos que descienden,
atmósfera que planta cruces de obsidiana,
escribo y Guachimontones en el radar.
En el eco del patio de pelota se oye aún
la resolana de extraña figura
que amanece cimbrando
abducida de lenguaje.
Avistamiento no identificado
que emana en claridad crepuscular
del alba a la torre, que abrasa
la tregua al desaparecer
tras el estallido que perfora
el engranaje construido.
Derrumbe de prefijos y sufijos
que superan la desmesura
de un designio no marcado.

Adentro el libro me escucha,
él sabe lo que no soy y que no digo.
Aquí estoy donde siempre he estado.
Regreso a mí entre los días
que aún no encienden su brecha.
Asisto a una pausa en el tiempo,
aun si el viento enfurece a babor.
Estoy en paréntesis imaginando
lo inexistente que brama
y que no cambia de aspecto.
Patalea lo que siempre adviene
para nunca quedarse en la matriz.
Cambio el canal y vuelve la sintonía
que me envuelve y descubre.
No hay nadie en la penumbra.

Semilla Madre Ceiba

que devuelve a las manos el caudal.
Chichén Itzá bajo el agua,
luna roja que hierve.
Mis pies hojean la estrella
que se ve a lo lejos pero que ya no existe.
Poco a poco el resplandor reaparece
para quedarse al unísono
de una flor que asciende en cruces.
Cae pétalo por pétalo la máscara
en su furia de hechizante delirio.
Abrasamiento en el ser de los nombres
que desandan el cuerpo del cuerpo que se ahoga,
abecedario antagónico de negritud encendida.
Atrás no hacia adelante
para mirar de frente a la pontífice muerte
que disuelve en mi boca el cuerpo de Cristo.

En el contorno de la presa la llama resiste

cada día más ardiente a la reminiscencia.

No veo lo que soy sino lo que seré

cuando las cumbres enfilen las brasas.

Blancas garzas duermen entre troncos

y aletean en el fango de cristalino plumaje,

verde devenir que emigra para nunca irse.

¿Adónde el comienzo?

Anillo de fuego en el camino hacia la noche,

ojos en la mano que se queman,

templo de palabras,

semillas que reverberan fulminantes.

Célula que se comunica y precede

al viaje de galaxia a galaxia,

¿qué vida es la última?

Aquí no es hoy ni mañana.

La piedra llora fuego

y las vasijas estallan en el albor,
yo soy lo que ellas no dicen,
invencible reflejo de la flama.

Lo que ahora soy
me ve con otros ojos.

La escala se ejecuta y se repite,
no hay una octava superior
que concientice el trayecto.

Anatomía de espejo roto,
forma de formas maltrecha
en el origen magmático.

Leer al universo es construir

engranajes de langostas y rodamundos,
precipitación lívida que transfigura la imagen,
silueta de un final, de un presente que perdura.
Arbustos y espuelas migran y chocan
sin causar daño alguno en la boca que renace.
En el comienzo adonde iré recuerdo
y aprendo lo que sentí en otros días,
allá adonde los nudos se deshacen.
Me deshabité de lo que he sido para ser.
Anillo de fuego que comprime mis dedos
y esparce las cenizas de otro yo,
más lejano que la vida misma.
No es mi diseño el que agrieta
esta voz que no se sabe refugio.
Planeta caliente que nunca ha visto,
que no empata con el otro mapa,
que se aleja de lo que no puede entender.

Mis manos despiertan en tus ojos,
jeroglíficos agudos y graves
en el piano de la metáfora.
Allá y más allá los nudillos
atravesan el filamento del cielo,
golpe a golpe vuelve a nacer
la estrella somnífera que desdibuja
países y estados en el estallar
de las voces que se cuentan
y cantan en la carretera.
En pirámide ocular reanudo
el hilar de la sombra que me cubre
de carbón volcánico y gramatical.
Chimenea reminiscente en su eco.
Vengo de la noche
y estaré aquí cuando ya no estés,
sumando lo indecible
en el anuario vertical del mito,
reflejo de la explosión inicial.

Atrévete a entrar

a la única salida por entrada
que inventaron los caminantes,
aquí el aluvión nos acompaña
y dirige la orquesta de la abeja roja.
Expedición de ruinas en el tacto,
el cuerpo se transparenta en el agua,
alma que contrae la senectud,
río que se desborda adentro
y escucha la lluvia caer.
Ojo azul hacia el fondo de las libélulas.
¿Adónde el comienzo?

Mientras la lluvia habla

los pasos deshacen la pirueta
de una noche en abanicos defendidos.
En tambor de sedientas luces
el kiosco figura
relojero
del cuerpo que no enfrena
un deseo de caballo fustigado,
tras entregar la militante alforja
de un cazador sin escopeta.
Llama de navío encapsulada
que no es sino arrecife de palabra rota
que flota en vaivén de peces muertos.

El libro abre el comienzo del final

y escucho cómo irrumpe el viento,
regresa la obsidiana que talla en mí
la batalla de los años venideros.

Keops, Kefrén y Micerino
dilatan la bóveda celeste.

Tinta pertinaz al borde de la locura.

Los cauces no cazan el crepitar,
la completa cesación

de los ritmos que trasladan
a años luz de la palabra dicha.

Yo soy lo que seré, aquí no estoy.

Los pasos respiran y cautivan
a la voz que no nos escucha,
cada vez más se aleja el día
de su esfera volante que parpadea.

Sabiendo que estarías esperé

hasta que el sol me inmolará en su reflejo.
Ahora y para siempre bajo tus pasos
que alimentan a la estepa de silencio.
Yo, que no sé lo que soy, hablo contigo
y me repito y repito lo que dices
y vuelvo a hablar nuevamente de lo mismo,
repito y repito cada una de las palabras
para hablar a solas lo que de ti escucho.
Y las palabras no se agotan y las palabras vienen
y se repiten y repiten, repito lo que dices,
casi igual casi nada repito de lo que hablo
y vuelvo y vuelvo para decirte lo que no sé.
No tengo miedo de decírtelo, no tengo miedo,
yo sé que tú sí me escuchas cuando hablo,
háblame, háblame, habla conmigo, habla.

Hablo conmigo lo que hablé contigo

y repito lo que no he sido para nunca ser.
Si no dijera nada sería lo que no hemos hablado.
Hablo contigo para escribirme, para ser como tú,
tú que sí me escuchas cuando te hablo.
Y las palabras se van y las palabras vienen
aquí donde no estás para que yo te hable.
Repito lo que pude haberte dicho y no te dije,
repito lo que nunca debí decirte y no escuchaste,
repito la azul ofrenda de un vaso lleno de ojos,
repito aquello que supe que no escucharías,
repito hasta el cansancio el yo que me doblé
para que hable conmigo y contigo, tú, que no estás,
tú, que aún no existes, tú, que aún eres pensamiento de Dios.
Mírame, estoy a tu lado contándote lo que seré
cuando la brizna alcance el cuerpo del estallido.

Ojo de agua que fluye en mis manos

que se mira y nos mira en el túnel silente,
como pólvora de un llano esparcido en el recuerdo,
como engranaje derruido por la incertidumbre,
como piedra imposible que flota aún en estanques vivos,
como la sombra en polvo estertor que retorna
y resuena en los campanarios floridos del desierto.
¿Adónde el comienzo?

Adentro escucho que el libro se abre,
yo soy el comienzo que me inscribe,
la hoja en blanco que se planta.
Viajo hacia la noche que me inventa,
¿qué seré del recuerdo que me ha vivido?
Adentro escamas de tiempo
y la casa golpea el tambor de las horas
y la casa se inunda y nadie me cree
y la casa me expulsa de sus pasadizos
y la casa cubre mis pasos con palabras
y la casa caparazón de la ira rompe el vaso
y la casa zigzaguea las huellas de lava
y la casa explota por el techo de estrellas

y la casa rebota y pasa de una nube a otra
y la casa crece en su humedad estelar
y la casa chirría entre los limoneros de la sombra
y la casa regresa a mí cuando no hay nadie
y la casa debajo de mi almohada crece
y la casa llena de dientes siembra imágenes
y la casa es un patio de pelota que abduce
y la casa que no soy está aquí deshabitándose
y yo, que no soy lo que me ha vivido, entro a la casa
y marabunta a los pies del crepúsculo
y los árboles sueñan el fluir de quien camina
a las orillas del comienzo, allá donde todo regresa.
En la salida está la entrada del túnel de palabras,
viajo hacia la noche de un cuerpo que me mira
en el espejo de una sombra perdida en su reflejo.
Y el micrófono deambula por las calles
y salgo a buscar a las preguntas
y entro al universo de los peces que roen madera
y yo, que no sé lo que digo, escribo el canto,
aquí hasta el borde del vacío.
Tequila, Popocatépetl, Xinantécatl
en los rollos de la palma astronómica,
palimpsesto telescópico del campo:
graznar de patos, croar de ranas, balido del rebaño,
rumiar del techo, bufa y resopla, olas a la orilla,
aleteo cascada, luz contratenedor, branquias de ninfa,
ululato carnívoro, tempestad de truenos en la mazorca.
En pirámides concéntricas las voces descienden,
memoria katún que rompe cada roble.

Y yo, que aún no me he vivido, entro a la casa,
habito los escombros que inscriben el presente.
Las manecillas adelantan el ojo del cielo
y caen las palabras en el patio de pelota.
Ventana que capta la humareda,
pliego de pieles encendidas
debajo del siseo tarántula de los sauces.
La rosa escorpión y el caballito de diablo
rozan la superficie del silencio: corazón colibrí,
ginkgo biloba en estradas mántricas,
adentro, muy adentro de la noche,
encrespada sepultura que escribe mi epitafio:
El canto canta en mí
donde palpitan los sentidos de Nadie.

Revelo en las fotografías del cielo lo que he sido

y las puertas abren puertas en la escultura del adiós.
Yo, que no estaré aquí para decírtelo, te nombraré en el libro,
irreversible calle que encaja su aguijón en el corazón colibrí,
lápiz labial que aflora quimeras en la sed del vértigo,
añoranza desleal que afila la daga en lo que no puede ver,
destello que emana equivocaciones en puntos suspensivos,
llave que fluye del alba, en las miradas de la oscuridad,
pluma bisturí hacia el cuerpo del cuerpo del silencio.
Las palabras recogen las migajas al final del día,
respiración que aletea en la mentira de un pronombre,
la nieve se encrespa en el oído arrancado de la flora,
respiras y las personas suben al andén número ocho,
el tren parte hacia los cuernos de luna que se beben,
regreso a mí para encontrarte, tú, que aún no existes.
Las veredas se complacen al seguir el ritmo de las garzas,
manejo de la casa al infortunio de carriles opuestos,
la carretera cambia a color rojo y los dedos girasoles
se quedan a la mitad de un camino nunca pronunciado,
cambio de radiodifusora y escucho a la voz que me inventa.

Entro a la cabina y el deseo se hace huésped,
la transmisión aglomera los pasos estéreos
que buscan un más allá de las palabras.
La gota no basta, el día se angosta en el sopor
de una llave volcán que desforma lo vivido.
Me voy de lo que fui para volver a ser en ti.
De un paso a la flora la galaxia cae
en la mano fuente de paisajes.
Los astros tejen la desaparición,
estoy ahora más lejos de la penumbra,
avistamiento de miradas no identificadas
que irrumpen el verde desquebrajar
de torres aladas a la conversación,
pensamiento que desvía sus ángulos
y se absuelve en la geometría de un instante,
movimiento irreversible del dardo
que enjuta al círculo sobre el agua.

El deseo descarrila las luces del poema

y la conversación cede a las sombras
y si no hubiera dicho nada
y si hubiera dicho algo
y si volviera a mí para encontrarte
y si la noche conversara contigo y conmigo,
que aquí estoy aunando de soles el desasosiego.
La llama vuelve a mí y llueve la distancia,
ante el deseo de no desear deseo que no se apague.
Adentro escamas de tiempo,
¿y todo lo que pensé y todo lo que dije para qué?
Guarda el secreto en la memoria arrancaojos,
aguarda en la noche la llegada de la roca violácea,
cadavérica armonía de los espectros que se buscan.
Azul, azul como tu nombre, aquí me retiro de los días,
como palabra que cae y cae en el tejido violeta del campo,
luciérnaga en vísperas de ser descubierta.
Y tú, que no pudiste esperar, mírame y rompe el deseo.

Regocijo amurallado por las aspas del viento,

nada es mío, nada es mío, deseo que no seas mío,
corazón colibrí, adonde no estás te veo y escucho,
aquí los ojos diluyen cicatrices, fronteras y rayos.

Somos la aurora que danza en la resonancia de la lluvia,
lodosa resonancia que se dice vuelo estelar de la memoria,
aquí la estrella se devora a sí misma en fulgor silente.

Ojo túnel en los retazos de la carne ángel:

a rose is a rose is a rose...

Brotan racimos de cielo, llaves, versos espirales
en la concatenación de los espectros.

Ojo túnel en el corazón colibrí,
latidos ferroviarios de la noche,
cántame, oh luna, lo que seré.

Más allá del más allá pronunciado
estoy completa en mis partes divididas.

Y yo, que no soy lo que digo,
huyo de lo que me dice.

Y yo, que soy lo que digo,
digo lo que no digo que me dice.

Las palabras nunca dichas

burbujan en ácidos soles iracundos
que abren colmena adentro
las líneas que siguen fieles al latido.

Miro lo que nunca he sido
en la renuente hojarasca.

Atrás o adelante lava de los siglos,
ando y desando la oscuridad oscura de la luz.

—Como es arriba, es abajo—.

Sensaciones limítrofes de la diferencia
se deslizan debajo de la puerta:
labios de jade, añil indefinido,
sed y diluvio de los nombres
que colman al yo de falacia.

Ginkgo biloba nuclear adentro,
contradicción de celdas encendidas,
adentro es arriba, corazón de cielo,
adentro soy lo que seré cuando no haya nadie.

Y yo, que no soy todo lo que soy,
voy hacia adentro y lejos de los nombres
en el entreabrir y cerrar del libro.
Allá donde todavía no es ninguna parte,
allá manos cristalinas gotean de amanecer,
allá aerolitos algodón de azúcar,
allá zumba colmena de espejos,
allá no es aquí ni allá es allí,
aquí es allá donde te nombro,
aquí alas palpan el deseo.
Llueve hacia adentro
y la memoria cae en rollos de cianuro.
Olvido lo que no soy para seguir,
olvido el verde festín de las cacatúas
que cimbran al aire otros comienzos.
Aquí, ahora y para siempre yo te proclamo
noche que piensa cuando no mira
huellas de perseguidos frutos
en el hilar de las ramas que se quiebran
de aquí hasta el final de los resquicios.

En todas partes adonde voy invento

el ser de otro invento que no soy,
el ser de otro ser que inventa
lo que aún soy de lo que seré,
lo que seré de lo que soy
en lo que aún no es ni será
cuando todos los ojos afloren
la flama que nombra vórtices,
rojinegra sinfonía de luna laurel,
presea noctívaga del verde,
negro tacto de negro olor
que desvanece el humo fiera
y fustiga los segundos
en los dedos de un país clavado
hasta la punta de la lengua disparada
hasta la fuente de idiomas insólitos
hasta las difuminaciones de los signos
hasta los rostros destejidos del agua
hasta el desencuentro que nace adentro
hasta la nave de ímpetu que abandona
hasta las pequeñas letras del contrato
hasta la encendida televisión del futuro

hasta el día de árbol calcinado en esperas
hasta la muerte que habla de lo que no habla
hasta la vida que vive viéndose fuera de sí
hasta allá me retiro en un estar afuera,
aquí no es adentro, aquí no es ahora.

Faro de vigilante sigilo en penuria de flora,
nupcias del campo, diálogo de eco marchito,
no hay plazo ni trato afianzado para la escucha.
Afuera llameante brújula de sabiduría que explota
debajo de las perlas del destierro en transparencia,
desierto que nubla la vista de entierros prematuros.
Salgo de mí, muy lejos del alba que recomienza,
blanco búmeran que reverbera en la nada.
Espero lo que no he sido, alimento el fuego
con mis manos de agua, ahogadas de cielo.
Azul, azul, como tu nombre, así respiro.
En donde nunca he estado estoy,
no soy lo que he sido sino lo que seré
otra vez y nuevamente hacia afuera.

He llegado hasta el pensar del pensamiento que se piensa
y que no llega a pesar los pesares que del pensamiento bastan.
Un ángel recoge con sus alas lápidas de nubes escribientes,
su oído frío y roto sangra, estalla el sentido de las letras.
En lo profundo no hay salida, el tacto escapa al brillo,
carta fugaz o verbo encendido en la solapa del tiempo.
Me he perdido en los divertimentos del insomnio,
la furia de palabras se revuelve en órbita de mariposas,
expulsión de geometrías, larvas del diablo,
hojas que retiran los huesos del rompecabezas.
Almeja que brama, estrella que cae al pozo de Mileto,
capital mayéutica delante de los pies deslumbrados
que devuelven a la luz el infortunio,
la mirada que del borde eclosiona semillas de nácar.

Atrás o adelante de la noche que me inscribe

en vestigios de marfil
vuela el cóndor en el límite de las voces del universo
que pestañean.

Escúchame y escucharé la partida
de la pluma blanca arrepentida,
devuelta al aire miro que mira lo que he mirado
allá donde se miran
mutuamente los párrafos de la calle solitaria
a medio día de la vida,
los volantes atrapan el rayo de avispa lunar
que comprime al gentío,
hay camino en el camino de los caminos
que abducidos regresan,
tortugas de río patas arriba, cintura de los ríos,
banderas cruzadas,
escalpelo que rinde frutos a la flora que se inscribe
en otro nombre,
escalera cascada de carabela dormida
que se descubre continente,
idioma estelar del pensamiento
que sigue pensándose en el pensamiento.

Atrás o arriba las horas se adormecen en los asientos vacíos,
camino hacia atrás y la boca devora
a la boca de la boca de la boca,
cuerpo enmohecido en las tejas usurpadoras
de cielo aromático,
casa de peñas y moras que reinicia eslabones incommunicables,
atrás o arriba colmillos del viento cercando a la gran torre.
Cráneo de Yorick en las costillas del Vesubio,
glóbulo deshilado,
alas oraculares que pelean en el círculo mariposa de la tierra,
pensamiento contrariado por el pensamiento compartido,
silencio al ras que prevalece en donde aún nada existe,
abeja de sueño más muerta
que el silencio embestido en ruinas.

Afilados pámpanos caen adentro del vuelo

de los voladores de Papantla,
sol de palabras en el murmullo de las olas
que arrecian la espuma hacia el ojo,
cielo de cóndor que abre las puertas en el escape de las jaulas,
rendija de ángel recubierta de camuflajes,
rosa Babel que se escucha a sí misma,
labios de papalote entumecidos en kilómetros frigoríficos.
Vuelan los aeroplanos de la arquitectura,
hundidos rocines del pasado,
catedrales ahogadas en la escarcha de los desvelos sulfúricos,
los pies arremeten contra el espacio
lugares que nunca se dicen,
vacío que vela la sangre corroída por el miedo
de volver a ser viento,
hierve, hierva la luna roja en el agua hermana
que escala los signos.
Con sus rebozos y sombreros el polvo se acumula
en el regreso,
los señores acarrear a las vacas separadas
del rebaño de los años,

a punta de lápiz y a tirones se abre el telón
del escenario recordado
y no olvido el parlamento heredado
que entreteje la respiración.
Digo lo que soy en lo que fui de lo que seré para ya no ser yo.

La plaza en la espalda de barro disolviendo festivales,
zapote negro y jícama en el junco del lecho conyugal,
faldas de arcoíris sin principio ni fin que levitan
alrededor de la granada y del cielo frenesí jamaica.
¿Qué soy de lo que no soy de lo que he sido y seré?
La sonajera luz suena ante el desplome de las ciruelas.
Sotana arrebatada en el monasterio interior,
trajineras en la pista de una nube perseguida,
susurros en la escalinata de Kukulcán propagan
el ocaso que los astros dibujan en la tormenta.
Pliego de pieles encendidas que enrollan
a la estrella de David en el patrimonio de la dicha,
sutil y ardua ópera de colores presentidos,
danza de caoba en el cordel de la angustia,
lluvia de presencia en vacantes menguantes,
oración de ondas tirantes en el ciclo del ayer,
escultura en la lengua esculpida de rastros.

La casa crisca exhalaciones en sus espantajos,
las ventanas desdibujan los rostros ausentes
y la noche que mira lo que no ha mirado arde
en el traje de un saber cercado por las grietas.
Cuartos de vapores deshabitados chirrían
en el solaz vilipendio de las hormigas de sangre.
Manos de manos que son manos de la mano,
crecida de acrobacias lunares, de los pies a la cabeza,
palomas mensajeras que viran el sello de la duna
en su revoloteo de asas y lentejuelas itinerantes.
Aviar del freno puesto en reversa del potrillo,
galope muerto que entierra llaves de oro
en su ir y venir de bienhechores artilugios.
La niña que no soy levanta las faldas del volcán
y escribe, yo no soy lo que está mirando.
La niña que habla de lo que no habla
entra a la cabina usurpando el deseo.
Desteñidos floreros de pulsaciones
se quiebran en el auspicio vocal.
El agua se derrama dentro
y los retratos guardados navegan
en el arsenal del huracán penitente.

He conversado con los muertos vivos
y con los vivos de los muertos vivos
que habitan el libro de arena.

Digo lo que no debí decirte y que escuchaste,
debí decir lo que me desdice de lo nunca dicho.
Y la casa flagela sus escondites en las copas,
los ojos miel llegan en nubes de rizadas ironías.
Digo lo que no se dice que se dice diciéndose.
Estamos aquí ahora, hasta siempre ahora,
hasta nunca lo de hasta siempre que jacta
las pequeñeces invaluable de la llegada.
Aros de cebolla y profusa pintura al rojo vivo
prolongan la hondura de cuadros de museo.
Golpea adentro el mismo ritmo que permanece
en las palmas de compartidas repeticiones.
El sueño de la casa se expande en su temblor,
tambalean los cuartos y el desfiladero de las puertas,
estoy aquí, estoy aquí, hablando contigo.

Madre que cubre de plumas a la cabeza árbol,
madre que despunta el alba con canciones,
madre que sueña en el libro quetzales,
madre que hace llover el poema,
madre que irrumpe en la gota que cae,
madre que azota el filo de la hoja,
madre que escribe el himno de las alturas,
madre que se piensa en el sueño del pensamiento,
madre de la noche que cultiva los orígenes.
Amor que devora amor del amor contrariado
a la exacta huella de su peso que ofrenda.
El libro se abre y el sol detona en alas familiares.

¿Qué soy de lo que no soy y que no digo?
La tierra que somos, desnuda de sacrilegios,
aclara la cuenta de los días anhelados.
Nada existe, nada existe, todo está existiendo.

En el centro hay una cruz,
rayo tenaz en la penumbra,
polvareda simiente de las cicatrices.
La mujer apaga el interruptor
y el tren se detiene,
lluvia de pétalos durante todo el año,
rieles en su pecho estremecidos.
Buzón lleno en la flor del laberinto
y ningún cartero vivo que busque
las piedras insulares en la corriente.
Las casas, jeroglíficas asunciones,
brazos de espada rota combatientes,
allá la montaña crece en sed de sortilegio,
allá el olvido cae en viento nagueal,
transparencia o aprendizaje de los sentidos
que sucumben en tatuaje de profecías,
escuela de vacuidad consagrada
a la contradicción de luces de arena
que devuelven el filo del grano
a la puntual firma de las constelaciones.

Yo soy el que camina a tu lado cuando no estás

Yo soy la córnea telescópica recomenzada al revés

Yo soy el que adivina y ensaña la viruta en el desvío

Yo soy la hermética rosa de los vientos que resucita

Yo soy el que deshiela la herida empecinada a los bordes

Yo soy la astilla de la entropía del cuerpo que muere de cuerpo

Yo soy el que está, pero también

el que nunca subió a la superficie

Yo soy Casiopea, Casandra, Venus, Eva, Gea,

Astarté, Tiamat, Coatlicue...

Yo soy el que no mira a las palabras

que crecen al compás irreversible

Yo soy la estrella investida en su rugir,

cúmulo de mimbre y estallido

Yo soy el cúmulo que sosiega

el airoso estambre de estrellas apagadas

Yo soy la nube en su círculo jadeante que deshiela el presente

Yo soy el comienzo de un final,

extracto de un ahora incinerado

Yo soy la que golpea a voces el adiós intermitente de la huida

Yo soy el que escapa a galope

en la tormenta de un exceso itinerante

Yo soy la que está pero que ya no existe,
aquí en tierra inmarcesible
Yo soy el que escribe en el firmamento el Dios de su hambre
Yo soy la que escruña la casa de presente ausencia
en fulgor indivisible
Yo soy el que no ha visto, portón ciego
que no atiende a las preguntas
Yo soy la llave que abre todas las puertas,
la que anda sobre aviso
Yo soy el viento inviolable y libidinoso que canta —oh luna—
Yo soy la calcárea llegada que antecede al mapa
de recién formación rocosa
Yo soy las formas que aún son imposibles,
el comienzo escrito en su final

Espero a la palabra y su retrato refulgente

en los retazos análogos a la Vía Láctea,
cintilla de trueno parpadeante,
flama que se extingue,
adonde todo simpatiza renace
la reverberante sinestesia del silencio.
En empaques vacíos el fogón asediado
empala la globalizada imagen
de un pastor que tiñe el ejido de flores
con la sola desarmonía de su pulso.

Yo soy el que soy, el que siempre ha sido
y que no conocías, el que está siempre
debajo de todas la palabras, irradiando.

Yo soy el que seré, yo soy en tu nombre
la aureola que resiste cuando la moneda cae,
yo soy, yo soy el universo, *om so hum*.

Estamos aquí a la mitad de un camino

que sin cuerpo anda en cada extremo
del quicio de una puerta que se cierra
como flor que desanda multitud de almas,
aquí todo cae en alas y nada nunca regresa.
Mas el perfume del vuelo de una garza
excava muy adentro,
destino que se cumple mirándonos
de lado a lado en la volatilidad de π
y se mira eternamente, atento a la boca
cual Bomarzo explota en palma gitana:
en jardín de impúdica armonía crecen moras
en lago de rocines la esbelta pregunta
en agua iracunda se atisba la fragua
que impone la sola presencia que se agota.

Hacia donde no estoy, no busco, me encuentro,
en cada figura presentida hay un sólo nombre
de desconocido plumaje tornasolado
que despoja a los paisajes de la sombra.

Y las cabezas advierten al cielo pétreos símbolos
que despeñan todas las edades en su flora
cuales fueran las extensiones que atañen la fuerza
de pertinente y suspicaz retiro
a las espigas de rotativa crucifixión,
tras el ahora que rompe
el final de la estrada rehuida
en el púlpito de su reflejo.

Para aquel que duerme bajo mi manto escucha
la centella reunida en llanto de socorrido mausoleo
como si el montículo de tierra drenara la sangre
que de un ojo expide la sal de su colmena.

Fluye la cóncava ausencia,
cruz de azul resolana que palpita,
nubes de savia y madera apiladas,
fratricidio insular de las estrellas,
máscara en brecha encendida,
casa inundada hasta el techo,
pensamiento inmolado
en vértices opuestas
hacia una misma dirección
que nace trazándose
cual semilla que distancia
el espacio entre las palabras.
Ella, diosa que no ve, ahogada,
llega al mismo río,
allí donde nada permanece.

Y las voces expiran, el aroma adviene

para quedarse en el corazón fortuito de las horas
que mecen al durmiente incapaz de escuchar
lo que no ha visto, lo que de sí mismo profana,
sat siri siri akal y las noches caen
terriblemente con el rayo vociferante.
Ha nacido, ha nacido,
el que de nombre purifica.

El día escucha y la tierra se parte en dos,
tiembla en sus oídos la verdad impalpable
que fortifica los acentos planetarios,
en valle, piedra y manantial reticentes
que colman y se enraízan a los pies
de quien camina solo con su cítara
esperando recibir en sus manos
la fractura bienaventurada.

Aquí estoy a tu lado

rodeándote con mis brazos de efigie antigua,
¿qué escuchas si no me ves?

Aquí estoy en la ardorosa cintura del sol,
aquí estoy en fraternidad galáctica.
Aquí estoy escribiendo el cometa,
la próxima desventura sin rumbo
que se desliza bajo el vuelo del águila,
azul que roe al ojo errático
de cambiante ropaje.

Aquí tan sólo emergen los instantes

fuera de toda galaxia,
humedad de las paredes,
vísceras terrestres
enroscadas al cuello que tuerce
el cuerpo de extraño voltaje.
Las ventanas enceran el río,
maizal atormentado por el fuego,
violácea esparcida en la sutura
de nombres que anohecen.
Aquí el destello mana miradas
en la respuesta que golpea
atrás no hacia adelante
cuando el cuerpo hijo en su tallo
traspasa el velo de la flecha.

Palabra, jinete de la blancura,
garza que enfrenta al viento
en los pasadizos de la noche,
toca las puertas del sueño,
arrecia el mar en mis tímpanos,
Atecocolli de otro universo.
Vaso que se rompe a la mitad,
jarrón de rota sepultura
que se vuelve a llenar,
soflama de la llaga carcomida
en su linaje de polilla atenuante
que tiritita ante la luz.

Ojo aglutinante e intangible

que transforma los alerones de la trama
en bosque de imágenes y ritmos,
movimiento de un yo acometido
a la distancia de otro cuerpo intermediario
entre soles, lunas y planetas abandonados,
proyección oracular de estirpe cortada
que relumbra miradas terratenientes
que no son sino llamas
sin quebrantos que avanzan
hacia su destello
de frondoso oleaje y blancas hélices.

A la escucha del céfiro inoportuno

que llora incandescente lacerando
a la boca que devora silente al pájaro
que despierta en su combustión oculta,
cúspide enrojecida, lacerada al tacto
en el píxide de la forma comulgada,
aquí, aquí soy lo que me escribe.

Aquí parcelas irisadas del aura
desunen miríadas de aves
que en lengua sibilante hablan
cual espejo de silbante lengua
que busca la encrucijada,
vía alterna de espesura roja,
yerma ya en su disolución,
que enciende los follajes.

Fuego que renuncia al canto

en los muros de otro nombre,
raíz ensordecida que pesa
los asientos vacíos.

La incendiaria codorniz apaga sus velas,
súbita esperanza de alcanfor entumecido,
dulce agonía de trepidar el aire.

Adonde no estoy la rueda hila
señales encarecidas en aurora entrecortada,
respiración que vacila en la hora dormida,
muladar de espejos que no cantan.

—Aquí yace el torso de ángel— han dicho
y las miradas pulverizan la carne,
roen el secreto de la búsqueda.

Y si del viento cedieran los resabios

lo imposible y el estado de las cosas
acamparían en regazo alado,
blanca y fulgurante pesquisa
que rodea al árbol en su mácula divina.
No es sino llama fija que ata
a medio balcón preclaro,
fuente de voces recorridas
por las escaleras del andamiaje,
vuelo desconocido, trémulo escape
que pinta la naturaleza de un pavor:
indoloro precipicio que recuerda
a la palabra atada en sí misma
en los veleros del cuerpo anochecido.

Llueve en la memoria

el atardecer de la conciencia
que no se mide con palabras
ni con gestos solidarios
en el jardín de la inocencia.

Llueve casi sin decirlo,
se agota la circunferencia
de una pelota que cae,
cayéndose, hundiéndose
en los frescos lapidarios.

Llueve la granadilla fortuita
en los oídos alebrijes
que incautan el despertar.

En el principio del fin los vagones parten,
hay nieve sobre las ojivas visionarias.
Es momento de irse en la brisa cómplice
que esparce las semillas, ¿lo sabes?
El sol llena la copa del porvenir
que en opuestas direcciones refleja
el nenúfar oculto del comienzo.
Entre hojas secas
apunto y disparo a discreción
con la mira puesta en el atardecer.
Nos han vencido en el frente.
Las nubes colonizan
el inimaginable torrente
en la osada ruta del naufragio.
En el distante fragor de la trompeta
el tordo sigue a la caballería y asciende.

Sola, con mis manos de azufre,
henchida de ramas cual rostro
sin tiempo, recostada en el silencio,
asisto a la promulgación del ser
y sus cenizas de ruido extraño
que avispan el tejido impalpable.
Hacia adonde
escondidas bruces se buscan,
que sin encontrarse encuentran
la boca del incendio medida
con el reflejo de su flama,
áspera sortija que recuerda
maleza negra o cuervo ataviado
que ni espantapájaros espanta.

En sombra de topacio brota

el ahora de la llama.

En vástago promontorio

las huellas llueven

mientras repica el otoño,

tabo de máscaras sobre el sueño,

tronco gutural de zumo que se bebe

en los embravecidos cuernos de luna.

El viento desmantela el arca

en sopor de crucifijo,

estelas de vapor que dudan

si entrar o no a esta puerta

que abre en su espejismo

la vuelta a un origen incierto.

Nada, salvo hablar y ver

con el espejo que bautiza
la deíctica añoranza
en el bucle matutino.

Fuego de un pájaro herido
que regresa en el ramaje,
se mira y se deja hacer
ínsula, ficción y destino,
más arriba
del brío funesto que mata,
más abajo
de la cabeza enrarecida
que colma a la vela abrasadora.

Aquí suma la noche providencias.

Lengua como perdiz roja

que lanza su hechizo
de almeja yugular
ahumada,
jacto fluorescente
que amanece
frente a la convalecencia
de una voz asimétrica,
doblada en el vergel
cual tallo que ataja la despedida
antes de lanzarse al vacío.

Todo emerge en cáliz inocuo
asaltando a la pregunta,
llamado que rinde cuentas
a la vestidura fructífera
de otro mundo equidistante.
Líneas de un antes y un después
que fracturan a las vocales
en luz echadora de tierras vivas
que no se atreven a decirse.

Detrás de las orillas vociferan

garras de arpón abrupto,
desbandada rumiante
que aterriza los pilares
de la oscuridad,
que piedra a piedra
se resumen en el hilar
de la lira ensoñecida,
báculo etéreo
que acompasa a la creación
del cielo a la cabeza,
un retorno al centro
que captura
dejando señuelos.

Ante la santísima virgen María

los nombres quedan grabados
en los dedos que disuelven rascacielos,
arracada de blancura que resiste impetuosa.
Argolla, rueda y aureola
golpean adentro y sacian la medida.
Tambora y caja musical que avanzan
hasta consumir la noche y sus cuadros de viaje
que no cuentan lo que indican cuando la distancia acalla.

Él aguarda y la belleza llega en ansia,
socavada llanura de niebla protegida
por vientos de espíritu fijo que marchan
sobre destinadas horas que se tocan
en el límpido reflejo del agua.
Mas un borrón de tinta encenizada blande
fortalezas amuralladas, viruta de plumaje
de recién extravío que solemniza
el acerar de la fisura en el mudable vaticinio.
Adentro escucho que el libro se abre,
camino hacia la noche que me inventa
y las semillas siembran lo indecible,
estrellas que abordan el lenguaje
detrás de los ojos que iluminan
el destierro estelar de la memoria.

Índice

El cielo cae a voces es un compendio de ecos...	9
<i>Semillas de volcán...</i>	13
Ojo de agua que recomienza en mis manos...	14
<i>De mis manos la llave encuentro...</i>	15
<i>Atajo de preguntas que fruncen el ceño...</i>	17
<i>El yo dobla sus vestiduras...</i>	18
<i>Implacable inhalación...</i>	19
<i>Círculos que descienden...</i>	20
<i>Adentro el libro me escucha...</i>	21
<i>Semilla Madre Ceiba...</i>	22
En el contorno de la presa la llama resiste...	23
<i>La piedra llora fuego...</i>	24
<i>Leer al universo es construir...</i>	25
<i>Mis manos despiertan en tus ojos...</i>	26
<i>Atrévete a entrar...</i>	27
<i>Mientras la lluvia habla...</i>	28
<i>El libro abre el comienzo del final...</i>	29
<i>Sabiendo que estarías esperé...</i>	30
<i>Hablo conmigo lo que hablé contigo...</i>	31
<i>Ojo de agua que fluye en mis manos...</i>	32
Y yo, que aún no me he vivido, entro a la casa...	34
Revelo en las fotografías del cielo lo que he sido...	35

<i>Entro a la cabina y el deseo se hace huésped...</i>	36
<i>El deseo descarrila las luces del poema...</i>	37
<i>Regocijo amurallado por las aspas del viento...</i>	38
<i>Las palabras nunca dichas...</i>	39
<i>Y yo, que no soy todo lo que soy...</i>	40
<i>En todas partes adonde voy invento...</i>	41
<i>Faro de vigilante sigilo en penuria de flora...</i>	43
<i>He llegado hasta el pensar del pensamiento...</i>	44
<i>Atrás o adelante de la noche que me inscribe...</i>	45
<i>Afilados pámpanos caen adentro del vuelo...</i>	47
<i>La plaza en la espalda de barro disolviendo festivales...</i>	49
<i>La casa crispera exhalaciones en sus espantajos...</i>	50
<i>Digo lo que no debí decirte y que escuchaste...</i>	52
<i>Madre que cubre de plumas a la cabeza árbol...</i>	53
<i>En el centro hay una cruz...</i>	54
<i>Yo soy el que camina a tu lado cuando no estás...</i>	55
<i>Espero a la palabra y su retrato refulgente...</i>	57
<i>Estamos aquí a la mitad de un camino...</i>	58
<i>Y las cabezas advierten al cielo pétreos símbolos...</i>	59
<i>Fluye la cóncava ausencia...</i>	60
<i>Y las voces expiran, el aroma adviene...</i>	61
<i>Aquí estoy a tu lado...</i>	62
<i>Aquí tan sólo emergen los instantes...</i>	63
<i>Palabra, jinete de la blancura...</i>	64
<i>Ojo aglutinante e intangible...</i>	65
<i>A la escucha del céfiro inoportuno...</i>	66
<i>Fuego que renuncia al canto...</i>	67
<i>Y si del viento cedieran los resabios...</i>	68
<i>Llueve en la memoria...</i>	69

<i>En el principio del fin los vagones parten...</i>	70
<i>Sola, con mis manos de azufre...</i>	71
<i>En sombra de topacio brota...</i>	72
<i>Nada, salvo hablar y ver...</i>	73
<i>Lengua como perdiz roja...</i>	74
<i>Todo emerge en cáliz inocuo...</i>	75
<i>Detrás de las orillas vociferan...</i>	76
<i>Ante la santísima virgen María...</i>	77
<i>Él aguarda y la belleza llega en ansia...</i>	78



El cielo cae a voces, de Melisa Nungaray, se terminó de imprimir en julio de 2023, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México.. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de la fundidora Font Font. Diagramación, formación, diseño de portada y supervisión en imprenta: José Martínez Macedo. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía y la autora. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.



Un cielo como protagonista y no sólo como un hermoso telón de fondo inerte; un cielo que se precipita para besar la tierra; un cielo vivo colmado de imágenes; un cielo que se desgarr fragmentándose en otros. Éste es el cielo que se cae a voces: aquel que ha surgido de la visión de Melissa Nungaray. La poeta se cuenta a sí misma todas las variaciones de este cielo y nos presta su mirada. “La poesía es mi explicación del universo, mi convivencia con las cosas, mi participación en lo real, mi encuentro con las voces y las imágenes”, dijo la poeta portuguesa Sophia de Mello. Nungaray se explica a sí misma el universo, pero se trata de un universo íntimo, al que nos invita a entrar. Nos convida a su banquete de símbolos.

MARIELA CORDERO